

Traducir a los muertos

JUAN ARANZADI

[Traduttore, traduttore!] No puede evitar recordar ese tópico admonitorio al oír la acusación de "traicionar a los muertos" por ETA vertida contra el presidente del Gobierno por Mariano Rajoy en su apocalíptico discurso del debate parlamentario sobre el estado de la nación. Si la equiparación entre traductor y traidor fuera cierta, la infamia de Rajoy se volvería inevitablemente contra él, pues sólo puede llamarse "traidor a los muertos" quien presume —dando así pábulo a la sospecha que el dicho formula— de ser un buen "traductor de los muertos", de poseer el monopolio de la correcta interpretación del sentido de su muerte.

Monopolio reveladoramente compartido por Rajoy con Francisco Alcaraz, presidente de la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT), para quien la propuesta socialista para terminar con el terrorismo sin descartar el diálogo con ETA constituye una "inmoralidad y humillación a las víctimas" porque "deja sin sentido" los casi 1.000 muertos de ETA (EL PAÍS, 15-5-2005). Tanto Alcaraz como Rajoy, tras disfrazarse de representantes auto-proclamados de un colectivo de problemática unidad ("los muertos", "las víctimas") y dar por supuesto que las casi 1.000 muertes producidas por ETA tienen un único sentido, se presentan ante los ciudadanos como intérpretes privilegiados de ese significado supuestamente único y como traductores autorizados del mensaje supuestamente unitario que ese colectivo silenciado —"los muertos", "las víctimas"— desea transmitir a los políticos y al Gobierno.

Y a Rajoy y Alcaraz —a los múltiples "rajoyes y alcarazes" que pontifican y condenan en radio y prensa en nombre de las víctimas del terrorismo— en modo alguno les perturba su arrogante actitud profética o les hace dudar lo más mínimo sobre su esotérica capacidad de escuchar la voz de los muertos, hechos como que la única víctima directa de ETA que se sienta en el Parlamento, una de las pocas víctimas que, aunque perdió una pierna en el atentado sufrido, no está muerto y conserva por tanto su propia voz sin que nadie tenga que traducir su mensaje, el joven parlamentario socialista Eduardo Madina, respalde abiertamente la propues-

ta socialista que Alcaraz considera "inmoral y humillante" para las víctimas y gesticulara ostensiblemente desde su escaño en protesta contra la infamia de Rajoy. Al fin y al cabo, se dirán los "alcarazes y rajoyes", ya había dictaminado un eminente miembro del Foro de Ermua, Iñaki Ezkerra, que "la patética imagen de Madina ante una subdelegación del Gobierno", protestando el 13-M contra las mentiras del PP, "despojaba de sentido democrático a su sacrificio" y equivalía a "un atentado contra sí mismo" (*La Razón*, 15-3-2004). Dicho de otro modo: si el PP es el incuestionable representante de las víctimas, quien critique al PP no puede ser víctima. El coro supuestamente unánime de las víctimas no acepta voces disonantes.

A diferencia de Madina, los muertos no hablan y cualquier farsante puede atreverse a hablar en su nombre, pero habrán de reconocer al menos los "rajoyes y

alcarazes" que si Lluich y Jáuregui —dos de los socialistas asesinados por ETA en la última década— se encuentran entre los muertos cuyas voces oye y traduce Rajoy, difícilmente podrá el líder del PP decir que Zapatero les ha traicionado, pues nada más parecido a lo que éste se propone hacer que lo que aquellos proponían que se hiciera; explícitamente en contra, por cierto, de la opinión y de la actitud política del PP y de la voluntad de ETA, que quizá por eso los asesinó.

Se podrían multiplicar los ejemplos de hasta qué punto variaban y divergían, cuando vivían, las opiniones ideológicas y las actitudes políticas de los muertos por ETA, hasta qué punto sería polifónico, inarmónico y desentonado —si se oyeran todas— el coro de voces de las víctimas directas de ETA, y hasta qué punto sería caótico, churrante e inaudible si se sumaran las voces de las víctimas indirectas, de los pa-

rientes y amigos de las víctimas, de sus distintos "representantes" y "traductores", de sus diferentes asociaciones.

Entre las víctimas mortales de ETA hay hombres, mujeres, ancianos y niños; nacidos dentro y fuera del País Vasco; euskaldunes y erdelunes; del PP, del PSOE, del PNV, de HB y hasta de la propia ETA; militares, guardias civiles, policías nacionales, *ertzainas* y *etarras* disocoles o disidentes; políticos, periodistas, concejales, taxistas, cocineros, torneros, tenderos, empresarios, estudiantes, amas de casa, supuestos y reales *conexillos*, conductores de autobuses, funcionarios de prisiones, parados, jubilados y turistas; fascistas, demócratas, nacionalistas españoles, nacionalistas vascos, *acratas* y pasotas; *abertzales*, patriotas españoles, antinacionalistas y quizá hasta apátridas; gente con ideología política y gente sin ella, gente que votaba a toda la gama de partidos y gente que no

votaba; católicos, ateos y agnósticos. Gentes de todas las edades, sexos, profesiones, nacionalidades, clases sociales, ideologías, afiliaciones y adscripciones políticas. De todo menos curas.

Lo único que todos estos muertos tienen en común es ser víctimas de ETA, haber sido asesinadas por ETA: cuando vivían nada les unía más allá del hecho de estar vivos y querer seguir viviendo; sus opciones vitales, su ideología, sus opiniones políticas o apolíticas, su voto, sus filias y fobias, su carácter y su catadura moral, fueron sin duda en vida de lo más diverso e incluso opuesto. Por eso no puede haber nadie que represente con fidelidad tantas y tan diversas voces, tantas y tan opuestas y contradictorias actitudes morales, políticas y sociales. Por eso no puede nadie que no sea un farsante hablar en nombre de los muertos por ETA.

Incluso limitando el ámbito de las víctimas a aquellas que, a ojos de ETA, tenían una significación política más clara, a quien abrigara la tentación política de hablar en su nombre debería bastarle con saber que entre los muertos por ETA están Carrero y Yoyes, militares golpistas y militares demócratas, jueces conservadores y jueces progresistas, políticos y concejales del PP y del PSOE, partidarios y detractores del diálogo con ETA; debería bastarle con tener presente esa diversidad política, una diversidad que llega hasta el antagonismo, para concluir que la fidelidad política a unos muertos conlleva necesariamente la traición política a otros muertos y que, por tanto, carece de todo sentido político acusar a nadie de "traicionar a los muertos" presuponiendo, al hacerlo, que quien acusa les es fiel. Es quien invoca políticamente a los muertos, quien presupone fraudulentamente que les es fiel, que se puede ser políticamente fiel a los muertos, quien inevitablemente les traiciona, quien traiciona al menos, lo quiera o no, a algunos de ellos.

Debería ser obvio el absurdo de intentar resolver las diferencias políticas entre los vivos recurriendo a unos muertos que, cuando vivían, reproducían esas diferencias con escrupulosa exactitud. Si lo fuera, ningún político se atrevería a invocar a los muertos en sede parlamentaria cuan-

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extraerlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: CartasDirector@elpais.es. Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.es

Carta abierta al presidente del Gobierno

Como vasca, y sobre todo como viuda de Juan Mari Jáuregui, militante socialista asesinado por la banda terrorista ETA, me dirijo a usted en esta carta abierta para transmitirle mi apoyo en su apues-

ta decidida por avanzar en la búsqueda de caminos hacia la paz. Quiero decirle, en primer lugar, que yo hablo en mi nombre y sólo en el mío. No quiero que nadie se exprese por mí y nadie está autorizado a hacerlo. Desde el sereno dolor que siento por el asesinato de mi marido, quiero animarle en el camino que ha emprendido. Sé que no es un camino fácil, pero es aquel por el que, siempre, batalló Juan Mari, que amaba Euskadi con locura y que defendía la libertad, el respeto, la tolerancia y la no confrontación como las mejores vías para conseguir una convivencia pacífica.

Cuenta usted con mi apoyo y confianza, como víctima del terrorismo que soy, para acabar con esta enorme lacra que asuela nuestra tierra. La esperanza de un futuro en paz para nuestros hijos nos exige a todos responsabilidad, prudencia y un esfuerzo extra por trabajar unidos. El recuerdo y los valores que siempre defendió Juan Mari, desde una militancia comprometida en la bús-

queda de un mundo mejor, me impulsan a expresarle públicamente mi apoyo y mi petición de que continúe con su compromiso firme y decidido.

Tenemos derecho a la esperanza y queremos una sociedad en paz y en libertad. En ese esfuerzo vivió y por ello luchó mi marido. Por todo ello, no deje que cualquier posibilidad de esperanza que pueda aparecer se desvanezca. Sé que el recuerdo a las víctimas del terrorismo está y seguirá estando presente en cualquier paso que decida acometer en el futuro.— Maixabel Lasa. Viuda de Juan Mari Jáuregui.

¿Y la Filología Románica?

Si la misión del Consejo de Coordinación Universitaria es la de "ajustar las carreras a los requisitos del espacio universitario europeo" (EL PAÍS, 15-5-2005), mal empezamos si en los drásticos "ajustes" en las filologías parece

que la Filología Románica no consta en el "catálogo". El silencio, no sólo en la prensa, sobre los estudios de Filología Románica durante estas semanas de reclamaciones y agravios comparativos puede incluso llegar a hacer dudar de su existencia. Y esto no es cierto: los estudios de Filología Románica se imparten cada día en las universidades del Estado español. En la de Barcelona es una de las licenciaturas con mayor tradición, y asignaturas de Filología Románica se estudian en las demás universidades catalanas de letras.

Se trata de una disciplina clásica, la primera de todas las filologías de lenguas vulgares, que no falta en las universidades con mayor prestigio de los países anglosajones ni en la Europa románica, especialmente en Italia, ni en los países de lenguas germánicas que la "inventaron", y en donde figuras como Eric Auerbach, Leo Spitzer y Ernst Robert Curtius siguen siendo los modelos en los estudios literarios más actuales, y así

lo proclamaba con orgullo Edward W. Said en un artículo escrito poco antes de morir.

La Filología Románica, que es el análisis comparativo de las lenguas y las literaturas románicas, ha producido estudios científicos que hoy se traducen en materias independientes como la lexicología, la dialectología, la fonética, la edición de textos, la literatura comparada, la crítica textual, la historia de la literatura, etcétera. Su formación generalista no constituye de ninguna manera un impedimento para su especialización, todo lo contrario. Generaciones de estudiantes que han seguido estos estudios ocupan hoy lugares de trabajo en la enseñanza, universitaria o secundaria, en el mundo editorial, el de la comunicación, la documentación, la administración, la traducción, etcétera, precisamente por la variedad de su formación, por la polivalencia y la versatilidad de sus conocimientos, por la riqueza lingüística que poseen, cualidades que, desde

Pasa a la página siguiente